

—¡Oh! en una cosa terrible.... Así es que no hay cuidado..... Cuando trabaja en eso, no ve nada, no come, no bebe, no respira.... durante días y noches.... Es un muerto viviente y no tiene tiempo de divertirse con las trampas.

La joven se estremeció otra vez y se inclinó á escuchar por el escotillón.... Raúl la dejaba hacer y decir y estaba callado. Temía que el sonido de su voz la hiciese reflexionar y la detuviese en el curso, tan frágil aún, de sus confianzas.

Cristina no se había separado de él, y, sin dejar de tenerle abrazado suspiró:

—¡Si hubiera sido "él"!...

Raúl, tímido, preguntó:

—¿Le tiene usted miedo?

—¡No! ¡No!....

El joven tomó involuntariamente la actitud de tenerla lástima, como se hace con un ser impresionable que está todavía dominado por un sueño reciente. Parecía decir á Cristina: "Porque ya sabe usted que aquí estoy yo." Y su ademán fué tan amenazador, que Cristina le miró con asombro, como a un fenómeno de valor y de virtud, y pareció que, en su pensamiento, media en su justa valía tan inútil y audaz caballerosidad. Cristina abrazó al pobre Raúl como una hermana que le recompensase con un acceso de ternura por haber cerrado el puño fraternal para defenderla de los peligros de la vida.

Raúl comprendió y se ruborizó de vergüenza. Se encontraba tan débil como ella, y pensaba: "Cristina asegura que no tiene miedo, pero se aleja conmigo de la trampa, temblando." Y era la verdad. En los días siguientes, fueron á alzar sus curiosas y castos amores

casi en los sobrados, muy lejos de los escotillones. La agitación de Cristina aumentaba á medida que transcurrían las horas. En fin, una tarde, llegó con gran retraso, tan pálida y con los ojos tan enrojecidos por la desesperación más evidente, que Raúl se decidió á todos los extremos, por ejemplo, al decirle, de buenas á primeras, "que no se marcharía al polo norte si ella no le confiaba el secreto de la Voz del hombre."

—¡Cállese usted, en nombre del cielo!.... ¡Cállese usted!.... ¡Si "él" le oyera, desgraciado Raúl!...

Y los ojos espantados de la joven recorrían los alrededores.

—¡Yo sustraeré á usted á su poder, Cristina! ¡Lo juro! ¡Y usted no pensará más en él, que es lo necesario!

—¿Es posible?

Permitióse la joven esta duda, que equivalía á animarle, llevándose á Raúl hasta el último piso del teatro, donde se está muy lejos, muy lejos de las trampas.

—La ocultaré á usted en un rincón recóndito del mundo, donde "él" no irá á buscarla. Estará usted salvada, y, entonces, me marcharé.

Cristina se arrojó á las manos de Raúl y se las estrechó con increíble transporte. Pero no se atrevió á expresar de otro modo su alegría. Alarmada de nuevo, no hacía más que volver la cabeza.

—¡Más alto!... dijo solamente. ¡Todavía más arriba!.... Y se le llevó hasta los sobrados.

Costábase trabajo al joven seguirle. Pronto estuvieron debajo del tejado, en un laberinto de las vigas, y corrieron de una en otra, como hubieran corrido en una selva de árbol en árbol.

Y á pesar de la precaución que tomaba Cristina de mirar detrás de ella á cada instante, no vió una sombra que la seguía como si fuese la suya, que se detenía con ella, que volvía á echar á andar cuando ella andaba, y que no hacía más ruido que el que debe hacer una sombra. Raúl no echó de ver nada, pues cuando tenía á Cristina delante de él, no le interesaba lo que sucedía detrás.

## XV

## LA LIRA DE APOLO.

De este modo llegaron á los tejados. La joven se deslizaba por ellos, ligera y familiar, como una golondrina. Su mirada recorrió el espacio desierto entre las tres cúpulas, y el frontón triangular. Cristina respiró con fuerza encima de París, valle en trabajo que desde allí se descubría. Miró á Raúl con confianza, le llamó á su lado, y, juntos, marcharon allá arriba por las calles de zinc y las plazas de hierro fundido. Contemplaron sus formas gemelas en los vastos depósitos llenos de agua inmóvil, donde en el verano, aprenden á nadar los alumnos de la danza. La sombra había surgido detrás de ellos, siempre fiel á sus pasos, achatándose en los techos, alargándose con movimientos de alas negras por las encrucijadas de las callejuelas de hierro, contorneando silenciosamente los estanques y las cúpulas; y los infelices muchachos no sospecharon su presencia cuando se sentaron, al fin, muy confiados, bajo la alta protección de Apolo, que levantaba, que me ama! ¡Y lloraré! ¡Ah! con ademán de bronce, su prodigio-

sa lira en el corazón de un cielo inflamado.

Rodeábalos una tarde rojiza de primavera. Las nubes, que acababan de recibir del poniente su ligero manto de oro y de púrpura, pasaban lentamente, dejándole arrastrar, por encima de las cabezas de los enamorados, y Cristina, que las miraba, dijo á Raúl: "Pronto iremos más lejos y más de prisa que ellas, al cabo del mundo, y después me abandonará usted, Raúl. Pero si, llegado el momento, no consintiese ya en seguirle, me llevará usted por fuerza...."

—¡Con qué fuerza, que parecía rígida contra sí misma, dijo esto Cristina, mientras se apretaba nerviosamente contra él! El joven se quedó admirado.

—¿Teme usted, entonces, cambiar de opinión, Cristina?

—¡No sé! respondió la joven, moviendo de un modo raro la cabeza. ¡Es un demonio!

Se estremeció y se refugió en los brazos de Raúl, dando un gemido.

—Ahora, tengo miedo de volver á habitar con él debajo de tierra.

—¿Qué le obliga á usted á volver, Cristina?

—¡Si no vuelvo á su lado, pueden ocurrir grandes desgracias!... ¡Pero no puedo más! ¡No puedo más!... Sé bien que hay que tener lástima de las personas que habitan debajo de tierra.... ¡Pero ésta, es demasiado horrible!.... Y, sin embargo, el momento se acerca; no tengo más que un día; y si no voy, es el quien vendrá á buscarme con su voz, y me arrastrará con él, á su casa, debajo de tierra, y se pondrá de rodillas delante de mí, con su calavera.... ¡Y me dirá que me ama! ¡Y lloraré! ¡Ah! Aquellas lágrimas, Raúl, aquellas

lágrimas en los dos agujeros negros de la calavera! ¡No puedo ver correr aquellas lágrimas!

Cristina se retorció horriblemente las manos, mientras Raúl, dominado á su vez por aquella desesperación contagiosa, la oprimía contra su corazón: "¡No!... ¡No!... No le oirá usted más decirle que la ama... ¡No verá usted más correr sus lágrimas!... ¡Huyamos!... ¡Huya, es en seguida, Cristina!" Y quería ya llevarse.

Pero ella le contuvo.

—¡No, no!... dijo moviendo dolorosamente la cabeza. ¡No ahora! ¡Sería demasiado cruel!... Déjeme ustedirme cantar por última vez mañana por la noche... y después nos iremos... A las doce de la noche, irá usted á buscarme á mi cuarto; á las doce exactamente. En ese momento me estará esperando en el comedor del lago... estaremos libres, y usted me llevará... ¡Aunque yo me niegue!... Tiene usted que jurarme eso, Raúl. Porque siento que esta vez, si vuelvo "allí", no volveré acaso más.

Y añadió:

—¡No puede usted comprender!

Dió un suspiro, y le pareció que detrás de ella, había respondido otro suspiro. Al oírlo, se volvió.

—¿No le ha oído usted?

Los dientes de Cristina castañeteaban.

—No, aseguró Raúl, no le oído nada.

—¡Es horroroso, confesó Cristina, el temblar siempre de este modo!... Y, sin embargo, aquí no corremos ningún peligro; estamos en mi casa, en la nuestra, en el cielo, en pleno aire, en pleno día. El sol está ex llamas, y á las aves nocturnas no les gusta mirar el sol... No le he visto jamás á la luz del

día... Debe de ser espantoso, balbució volviendo hacia Raúl unos ojos extraviados. ¡Ah! la primera vez que le vi... ¡Creí que se iba á morir!...

—¿Por qué?... preguntó Raúl realmente asustado por el tono que tomaba aquella extraña y formidable confidencia. ¿Por qué creyó usted que se iba á morir?

¡¡¡PORQUE YO LE HABIA VISTO!!!...

Esta vez, Raúl y Cristina se volvieron al mismo tiempo.

—¿Hay alguien aquí que sufre? dijo Raúl... acaso un herido... ¿Ha oído usted?

—Yo, no podría decirsele á usted, confesó Cristina; "cuando no está presente, mis oídos están llenos de sus suspiros... Sin embargo, si usted ha oído..."

Se levantaron y miraron alrededor de ellos... Estaban solos en el inmenso techo de plomo. Sentáronse de nuevo, y Raúl preguntó:

—¿Cómo le conoció usted la primera vez?

—Hacia tres meses que le estaba oyendo sin verle. La primera vez que le oí, creí como usted, que aquella voz adorable que se había puesto de repente á cantar "á mi lado," lo hacía en un cuarto próximo. Salí y le busqué por todas partes, pero mi cuarto está muy aislado. Raúl, como usted sabe, y me fué imposible encontrar fuera de él la voz, mientras seguía fielmente en mi cuarto. Y no solamente cantaba, sino que me hablaba y respondía á mis preguntas como una verdadera voz de hombre, con la diferencia de que era bella como la de un ángel... ¿Cómo explicar tan increíble fenómeno? No había yo nunca cesado de pensar en el "Ángel de la Música", que mi pe-

bre padre me había prometido enviarme en cuanto muriese. Me atrevo á hablar á usted, Raúl, de semejante niñería, porque usted ha conocido á mi padre y ha creído al mismo tiempo que yo, cuando era pequeñito, en el Ángel de Música, y estoy segura de que no se burlará de mí. Había yo conservado, amigo, el alma tierna y sencilla de la Lotita, y no era la compañía de la viuda de Valerius la que podía cambiármela. Llevaba yo esta alma blanca en mis manos candidas, y candidamente se la ofrecí á la voz de hombre, creyendo ofrecérsela al ángel. La culpa la tuvo en cierto modo mi madre adoptiva, á la que no oculté nada del inexplicable fenómeno. Ella fué la primera en decirme: "Debe de ser el ángel. En todo caso, lo que debes hacer, es preguntárselo." Así lo hice, y la voz de hombre me respondió que, en efecto, era ella la voz de ángel que yo esperaba y que mi padre me había prometido al levantarme hasta ella al dejarse morir. Desde aquel momento, se estableció una gran intimidad entre la voz y yo, y tuve en ella una confianza absoluta. Me dijo que había bajado á la tierra para hacerme probar los supremos gozos del arte eterno, y me pidió permiso para darme lecciones de música todos los días. Consentí en ello con ardiente fervor, y no falté á ninguna de las citas que me daba á primera hora, en mi cuarto, cuando aquel rincón de la Opera estaba enteramente desierto... Fueron aquellas celestiales lecciones. Hubiérase dicho, amigo mío, que la Voz sabía exactamente en qué punto me había dejado mi padre al morir, y qué simple método había usado conmigo. De tal modo que, recordando todas las lecciones pasadas

Y aprovechando al mismo tiempo las presentes, hice progresos prodigiosos que, en otras condiciones, hubieran exigido muchos años. Pienso usted que soy bastante delicada y que mi voz al principio poco caracterizada; las cuerdas altas estaban naturalmente poco desarrolladas, eran las bajas bastantes duras, y las medias resultaban veladas. Estos defectos, con los que mi padre había luchado para vencerlos un instante, la Voz los corrigió definitivamente. Poco á poco, aumentaba el volumen de los sonidos en proporciones que mi debilidad pasada no me permitía esperar y aprendí á dar á la respiración el más ancho alcance. Pero, sobre todo, la Voz me confió el secreto de desarrollar los sonidos de pecho en una voz de soprano. En fin, envolvió todo esto en el fuego sagrado de la inspiración, y despertó en mí una vida ardiente, devoradora, sublime. La Voz tenía la virtud de soberbios vuelos. ¡El alma de la Voz habitaba en mi boca é insuflaba en ella el arte!

¡Al cabo de unas semanas, no me conocía yo misma cuando cantaba!... Estaba como espantada y hasta tenía miedo de que hubiera en aquello algún sortilegio, pero la de Valerius me tranquilizaba, pues era yo, decía, una muchacha demasiado sencilla para dar presa al demonio.

Mis progresos habían permanecido secretos entre la Voz, la de Valerius y yo, por orden de la misma Voz. Cosa curiosa; fuera de mi cuarto, cantaba yo con la misma voz de todos los días, y nadie echaba de ver nada. Hacia todo lo que quería la Voz, que me decía: "¡Hay

que esperar!... [Ya verá usted!... ¡Vamos á acostar á París!..."] Y yo esperaba, viviendo en una especie de ensueño extático en el que mandaba la Voz. Por entonces, Raúl, le vi á usted una noche en el público, y fué tal mi alegría, que no pensé siquiera en ocultarla al entrar en mi cuarto. Por nuestra desgracia, la Voz estaba allí, y vió muy bien en mi aspecto que había algo nuevo. Me preguntó qué tenía, y yo no vi ningún inconveniente en contarle nuestra dulce historia ni en decirle el lugar que usted tenía en mi corazón. La Voz, entonces, se calló; la llamé, y no me respondió; la supliqué, y todo fué en vano. Tuve entonces un terror loco de que se hubiera marchado para siempre. ¡Habiérselo querido Dios, amigo mío!... Volví aquella noche á mi casa en un estado desesperado y me eché al cuello de la de Valerius diciéndole: "¡Sabes! La Voz se ha marchado! ¡Acaso no volverá jamás!" La mamá se quedó tan espantada como yo y me pidió explicaciones. Se lo conté todo, y me respondió: "¡Pardiez! la Voz está celosa..." Esto, amigo mío, me hizo reflexionar que amaba á usted...

Aquí Cristina se calló un instante inclinó la cabeza en el seno de Raúl y se quedaron en un momento silenciosos, en los brazos el uno del otro. La emoción que los dominaba era tal, que no vieran, ó más bien, que no sintieron acercarse á pocos pasos la sombra rastrera de dos grandes alas negras que se aproximó, rozando la techumbre tan cerca, tan cerca de ellos, que hubieran podido aboverarles al cerrarse...

—Al día siguiente, continuó Cristina dando un profundo suspiro, volví á mi cuarto muy pensativa.

La Voz estaba allí. ¡Oh! amigo mío, me habló con una gran tristeza y me declaró redondamente que si yo debía dar mi corazón en la tierra, no tenía ella más que volverse al cielo. Y la voz dijo esto con tal acento de dolor humano, que debí desde entonces desconfiar y comprender que había sido víctima de mis sentidos alucinados. Pero mi fé en aquella aparición de Voz, á la que se meclaba tan íntimamente el recuerdo de mi padre, estaba todavía intacta. Nada temía tanto como el no oír más, y, por otra parte, había reflexionado sobre el sentimiento que me inclinaba hacia usted; había calculado todo su inútil peligro, y hasta ignoraba si usted se acordaba de mí. De todos modos, la situación de usted en el mundo me prohibía para siempre el pensamiento de una honrada unión; y juré á la Voz que usted no era para mí nada más que un hermano, que nunca sería otra cosa y que mi corazón estaba vacío de todo amor terrenal... Esta es la razón, amigo mío, de que yo apartase la vista cuando en el escenario ó en los corredores trataba usted de llamarme la atención, la razón de que no le reconociese y de que fingiese no verle... Durante aquel tiempo, las horas de lección entre la Voz, y yo, pasaban en un divino delirio. Jamás me había poseído hasta aquel punto la belleza de los sonidos, y, un día, la Voz me dijo: "¡Ahora, Cristina Daé, puedes llevar á los hombres un poco de la música del cielo!"

¿Cómo, aquella noche, que era la de la función de gala, no vino la Carlota al teatro? ¿Cómo fui llamada á reemplazarla? No lo sé; pero canté... canté con un transporte desconocido, me senti ligera

como si me hubieran dado alas, y creí un instante que mi alma abrazada había dejado el cuerpo...

—¡Oh, Cristina! exclamó Raúl, cuyos ojos se humedecieron por aquel recuerdo, aquella noche mi corazón vibró á cada acento de la voz de usted. Vi sus lágrimas correr por las mejillas pálidas, y lloré con usted. ¿Cómo podía usted cantar, cantar llorando?

—Mis fuerzas me abandonaron, dije Cristina, y cerré los ojos... Cuando los abrí, estaba usted á mi lado. ¡Pero también estaba la Voz, Raúl!... Tuve miedo por usted y, esta vez aún, no quise reconocerle y me eché á reír cuando me recordó que había recogido mi pañoleta en el mar...

¡Ay! á la Voz no se le engaña. ¡Ella le había á usted reconocido y estaba celosa!... En los días siguientes, me hizo unas escenas atroces, diciéndome: "Usted le ama... Si no le amase, no huiría de él... Es un antiguo amigo, al que estrecharía usted, no temería encontrarse á solas con él en su cuarto, estando también yo... Si no le amase, no le rechazaría..."

—¡Basta! dije á la Voz irritada; mañana debo ir á Ferrós, á visitar la tumba de mi padre: regaré al señor de Chagny que me acompañe... Usted juzgará entonces si me es indiferente.

—A su gusto de usted, respondió el Angel de la Música, pero sepa que también yo estaré en Ferrós, porque estoy en todas partes donde usted esté, Cristina, y si sigue usted siendo digna de mí, si no me ha mentado, tocaré, al dar las doce de la noche, en la tumba de su padre, la "Resurrección de Lázaro", con el violín del muerto...

Así, amigo mío, fui conducida á

escribir á usted la carta que nos llevó á Ferrós. ¿Cómo pude ser engañada hasta ese punto? ¿Cómo, ante estas preocupaciones tan personales de la Voz, no sospeché alguna impostura? ¡Ay!... no era dueña de mí, y los medios de que disponía la Voz debían necesariamente engañar á una niña como yo.

—Pero, en fin, exclamó Raúl en el punto del relato en que Cristina parecía deplorar con lágrimas la demasiado perfecta inocencia de una mente muy poco avisada... pero, en fin usted supo pronto la verdad... ¿Cómo no salió en seguida de esa abominable pesadilla?

—¡Saber la verdad, Raúl!... ¡Salir de esa pesadilla!... ¡Pero si no entré en esa pesadilla hasta el día en que conocí la verdad!... ¡Cállese usted!... ¡Cállese usted!... ¡No he dicho nada!... Y ahora que vamos á bajar del cielo á la tierra, compadézcame usted, Raúl! ¡Compadézcame!... Una noche, noche fatal—era la noche en que debían ocurrir tantas desgracias, aquella en que Carlota pudo creerse transformada en escena en un ridículo gallo y en que se puso á dar gritos como si hubiera vivido toda su vida en un corral... aquella en que el teatro se quedó de repente á oscuras, mientras la lucerna se aplastaba en el patio... Hubo aquella noche muertos y heridos, y la sala resonaba con los más tristes clamores.

Mi primer pensamiento, Raúl, en el aturdimiento de la catástrofe, fué al mismo tiempo para usted y para la Voz, pues eran ustedes en esa época las dos mitades iguales de mi corazón. Pronto quedé tranquila en cuanto á usted, pues le había visto en el palco de su hermana.

no y sabía que no corría peligro alguno. Pero, en cuanto á la Voz, me había dicho que asistiría á la función, y tuve miedo por ella; sí, miedo, como si hubiera sido una persona viviente y capaz de morir. Yo decía: "¡Dios mío, acaso la lucerna ha aplastado á la Voz!" Estaba yo entonces en escena y enloquecida hasta el punto de disponerme á correr á la sala para buscar á la Voz entre los muertos y heridos, cuando me ocurrió que si no le había ocurrido nada, debía de estar ya en mi cuarto, donde tendría prisa por tranquilizarme. La Voz no estaba allí. Me encerré en el cuarto y, con lágrimas en los ojos, le supliqué que si estaba aún viva, se manifestase á mí. La Voz no me respondió, pero, de repente, oí un largo y admirable gemido que yo conocía muy bien. Era la lamentación de Lázaro, cuando, á la voz de Jesús, se abrió los párpados y á ver de nuevo la luz del día. Eran los llantos del violín de mi padre. Reconocía el golpe de arco de Daé, el mismo, Raúl, que nos tenía en otro tiempo inmóviles en los caminos de Ferrés, el mismo que había "encantado" la noche del cementerio. Y después vino aún en el instrumento invisible y triunfante, el grito de alegría de la Vida, y la Voz, haciéndose oír al fin, se puso á cantar la frase dominadora y soberana: "¡Ven y cree en mí! ¡Los que creen en mí resucitarán! ¡Andad! ¡Los que han creído en mí no pueden morir!" No podría decir á usted la impresión de fatalidad que recibí de aquella música que cantaba la vida eterna en el momento en que, á nuestro lado, unos desgraciados, aplastados acaso por la lucerna fatal, entregaban

el alma. . . . Me pareció que me mandaba también á mí levantarme y marchar á ella. Alejábese la Voz, y yo la seguí. "Ven y cree en mí!" Yo, que creía en ella, iba, iba, y, cosa singular, mi cuarto parecía alargarse, alargarse ante mis pasos. . . . Evidentemente, debía de haber allí un efecto de espejos. . . . pues tenía yo el mío delante. . . . Y, de repente, me encontré fuera de mi cuarto, sin saber cómo.

Raúl interrumpió aquí bruscamente á la joven.

—¡Sin saber cómo! ¡Cristina! ¡Cristina! ¡Trate usted de no soñar!

—¡Ah! mi pobre amigo, no soñaba. . . . Me encontraba fuera de mi cuarto sin saber cómo. . . . Usted que me ha visto una noche desaparecer de mi cuarto, amigo mío, podrá acaso explicarme esto; yo no puedo. Sólo puedo decir á usted una cosa, y es que, encontrándome delante del espejo, dejé de verle de pronto y le busqué detrás de mí. . . . pero no había ya espejo ni cuarto. . . . ¡Estaba en un corredor obscuro! . . . . Tuve miedo y grité. . . .

Todo estaba negro á mi alrededor; á lo lejos, un débil resplandor rojo iluminaba una esquina de muralla, un rincón de encrucijada. Grité, y sólo mi voz llenaba los muros, pues el canto y el violín se habían callado. Y hete aquí que, de repente, en la obscuridad, una mano se apoya en la mía, ó más bien, una cosa húmeda y helada que me aprisionó el puño y no me soltó más. Grité, y un brazo me cogió por el tallo y me levantó. . . . Me agité un instante en aquel horror, y mis dedos se deslizaron por las piedras húmedas en las que no se

agarraban. Después ya no me movi; creí que iba á morir de espanto. Me llevaban hacia la pequeña claridad roja, entramos en ese resplandor, y vi entonces que estaba en manos de un hombre envuelto en un gran manto negro y que tenía un antifaz que le ocultaba toda la cara. . . . Intenté un esfuerzo supremo, pusiéronse rígidos mis miembros, y mi boca se abrió aún para gritar mi espanto, pero una mano la cerró, una mano que sentí en mis labios, en mi carne. . . . y que olía á muerto. . . . Me desmayé.

¿Cuánto tiempo permanecí sin conocimiento? No puedo decirlo. Cuando abrí los ojos, estábamos aún, el hombre y yo, en el seno de las tinieblas. Sin embargo, el pequeño resplandor rojo nos había seguido. Era una linterna sorda puesta en el suelo y que iluminaba el chorro de una fuente. El agua que salía de la muralla, desaparecía casi en seguida por el suelo en el que yo estaba echada. Reposaba mi cabeza en la rodilla del hombre del manto y del antifaz negro, y mi silencioso compañero me refrescaba las sienes con un cuidado, con una atención, con una delicadeza, que me parecieron más horribles que la brutalidad de su rapto de hacía un momento. Sus manos, por ligeras que fuesen, no dejaban de oler á muerto. Las rechacé, pero sin fuerza, y pregunté con voz débil: "¿Quién es usted? ¿Dónde está la Voz?" Sólo un suspiro me respondió. De repente me pasó por la cara un aliento cálido y, vagamente, en las tinieblas, distinguí una forma blanca al lado de la forma negra del hombre. La forma negra me levantó y me depositó

sobre la forma blanca. Y, en seguida, un alegre relincho vino á herir mis oídos estupefactos y murmuré: "—César!" El animal se estremeció. Amigo mío, me encontraba medio echada en una silla de montar y había reconocido al caballo blanco del Profeta, al que yo había dado con frecuencia golosinas. Ahora bien, una vez corrió el rumor en el teatro de que este caballo había sido robado por el fantasma de la Opera. Yo, que creía en la Voz, no creía en el fantasma, pero entonces me pregunté estremeciéndome si estaba en su poder. . . . Desde el fondo de mi corazón, llamé á la Voz en mi socorro, pues nunca hubiera imaginado que la Voz y el fantasma no fuesen más que uno. ¿Ha oído usted hablar del fantasma de la Opera, Raúl?

—Sí. . . . respondió el joven. Pero dígame usted, Cristina, ¿qué sucedió cuando estuvo usted montada en el caballo blanco del Profeta?

—No hice ningún movimiento y me dejé llevar. . . . Poco á poco, un extraño copor sucedió al estado de angustia y de terror en que me había puesto esta infernal aventura. Se había infiltrado en mí una paz singular, y pensé que estaba bajo la temible influencia de algún elixir. Tenía la plena disposición de mis sentidos, y mis ojos se acostumbraban á las tinieblas que, por otra parte, se iluminaban aquí y allá de breves resplandores. . . . Juzgué que estábamos en una galería circular que daba la vuelta á la Opera, inmensa debajo de tierra. Una vez, una sola vez, amigo mío, había yo bajado á aquellos fosos,

que son prodigiosos, pero me detuve en el tercer piso no atreviéndome á ir más adelante hacia el fondo de la tierra. Y sin embargo, tenía aún debajo de mis pies dos pisos en los que se hubiera podido alojar toda una ciudad. Pero las figuras que se me aparecieron me hicieron huir. Hay allí demonios muy negros, delante de unas calderas, y agitan palas y horquillas, excitan los braseros, encienden llamas y amenazan al que se acerca abriendo de repente la boca roja de los hornos. . . . Ahora bien, mientras César me llevaba tranquilamente sobre el lomo en aquella noche de pesadilla, vi de repente á lo lejos, muy á lo lejos, y muy pequeñitos como vistos con unos gemelos del revés, los demonios negros delante de los braseros rojos de sus caloríferos. . . . Aparecieron y desaparecieron según las sinuosidades de nuestra marcha. . . . Por fin, desaparecieron por completo. La forma de hombre seguía sosteniéndose y César andaba sin guía y con paso firme. . . . No podré decir á usted, ni aproximadamente, cuánto tiempo duró aquel viaje en la noche. Tenía solamente la idea de que dábamos vueltas y vueltas. . . . Pero, ¿no era mi cabeza la que las daba? No lo creo, sin embargo. No, yo estaba increíblemente lúcida y pensaba: "¿Cuándo nos detendremos? ¿Cuándo vamos á llegar?" César, un instante, levantó la cabeza, hubeo el aire y aceleró el paso. Sentí un aire húmedo y César se paró. Habíase iluminado la noche y nos rodeaba un resplandor azulado. Miré dónde nos encontrábamos. Estábamos en la orilla de un lago cuyas aguas de plomo se arrian á lo le-

jos en la obscuridad. . . . pero la luz azulada alumbraba esta orilla y vi una barca atada con una argolla de hierro en el muelle.

Ciertamente, sabía yo que todo aquello existía y la visión de aquel lago y de aquella barca debajo de tierra no tenía nada de sobrenatural. Pero piense usted en las condiciones excepcionales en que yo llegué á aquella orilla. Las almas de los muertos no debían de sentir más alarma al acercarse á la Estigia. Caronte no era ciertamente más lúgubre ni más mudo que la forma de hombre que me transportó á la barca. ¿Había el elixir agotado su efecto y la frescura de aquellos lugares bastaba para hacerme volver á la posesión de mí misma? Mi sopor se desvanecía é hice algunos movimientos que denotaban que volvía á empezar mi terror. Mi siniestro compañero debió de echarlo de ver, pues me cogió con rápido ademán y de un silbido despidió á César, que huyó por las tinieblas de la galería haciendo sonar las herraduras en los escalones sonoros de una escalera.

El hombre me depositó en la barca, á la que libró de sus lazos de hierro, se apoderó de los remos y remó con fuerza y prontitud. Sus ojos, bajo el antifaz, no se separaban de mí. Sentía en mí el peso de sus pupilas inmóviles. El agua, á nuestro alrededor, no hacía ruido alguno y nos deslizábamos en la claridad azulada que he dicho á usted hasta que estuvimos de nuevo en la obscuridad y llegamos á otra orilla. La barca chocó ech un cuerpo duro. Y otra vez me sentí llevada en los brazos del hombre. Había yo recobrado la fuerza de gritar y prorrumpí en chillidos,

Pero me callé de repente cegada por la luz. Sí, por una luz brillante en medio de la cual se me había depositado. Me levanté de un salto, pues tenía todas mis fuerzas. En el centro de un salón que no parecía adornado, amueblado y revestido más que de flores, estaba en pie la forma de hombre enmascarado, con los brazos cruzados. Y me habló.

—Tranquícese usted, Cristina, dijo; no corre usted ningún peligro.

"¿Era la Voz!"

Mi furor fué igual á mi estupefacción. Salté hacia el antifaz y quise arrancarlo para conocer la cara de la Voz. Pero la forma de hombre me dijo:

—No corre usted ningún peligro con tal de que no toque á la máscara.

Y sujetándome suavemente los puños, me hizo sentarme.

. . . .

La humildad de aquella acción me dió algún valor y la luz, al precisarlo todo á mi alrededor, me volvió á la realidad de la vida. Por muy extraordinaria que me pareciese, la aventura se rodeaba ahora de cosas mortales y que yo podía ver y tocar. Tenía que haberme las sin duda con algún espantoso original que, misteriosamente, se había alojado en las cuevas, como otros por necesidad, y con la muda complicidad de la administración, habían encontrado un abrigo definitivo en los cobrados de aquel monstruoso palacio.

Miré al hombre arrodillado. . .

De modo. . . de modo. . . que la Voz que yo había conocido bajo el antifaz, que no había podido ocultármela, "era aquello que tenía de

rodillas delante de mí. . . . ¡Un hombre!"

No pensé ya en la horrible situación en que me encontraba, no me pregunté siquiera qué iba á ser de mí ni cuál era el designio obscuro y friamente tiránico que me había conducido á aquel salón como se encierra á un preso en un calabozo ó á una esclava en un harén. ¡No! ¡No! Yo pensaba: la Voz es eso, un hombre. . . Y me eché á llorar.

El hombre, que seguía arrodillado, comprendió sin duda el sentido de mis lágrimas, pues me dijo:

—¡Es verdad, Cristina! ¡No soy ángel, ni genio, ni fantasma! ¡Soy Erik!

En este punto el relato de Cristina fué otra vez interrumpido. A los jóvenes les pareció que el eco había repetido: ¡Erik! . . . ¿Qué eco? . . . Se volvieron y echaron de ver que había llegado la noche. Raúl hizo un movimiento como para levantarse, pero Cristina le retuvo á su lado. "Quédese usted; es preciso que lo sepa usted todo "aquí."

—¿Por qué aquí, Cristina? Temo por usted el fresco de la noche.

—No debemos temer más que á la trampa, amigo mío, y aquí estamos á cien leguas de ellas. . . . No tengo derecho á ver á usted fuera del teatro y no es éste el momento de contrariarle. . . . No despertemos sus sospechas. . . .

—¡Cristina! Cristina! Algo me dice que hacemos mal de esperar á mañana por la noche y que debemos huir en seguida.

—He dicho á usted que si no me

oye cantar mañana por la noche, tendrá una pena mortal.

—Es difícil no causar pena á Erik y huir de él para siempre.

—En eso tiene usted razón, Raúl, porque ciertamente mi fuga le matará.

—¿Tanto ama á usted?

—Hasta el crimen.

—Pero no es imposible encontrar su morada... Se puede ir á buscarle en ella... Desde el momento en que Erik no es un fantasma, ¿le puede hablar y hasta obligarle á responder.

Cristina movió la cabeza.

—¡No! ¡No! No se puede nada contra Erik. No hay más que huir.

—¿Y cómo, pudiendo huir, ha vuelto usted á su lado?

—Porque era preciso, y usted lo comprenderá cuando sepa cómo salí de su poder.

—¡Ah! ¡cuánto le odio!... exclamó Raúl. Y usted, Cristina, dígame, tengo necesidad de que me diga usted esto para escuchar con más calma la continuación de esa extraordinaria historia de amor... ¿Y usted, le odia?...

—¡No! dijo Cristina sencillamente.

—¡Bah! ¿Para qué tantas palabras?... Usted le ama ciertamente... Ese miedo, esos terrores, todo eso es el amor, y el más delicioso, el que no se confiesa, explicó Raúl con amargura, el que da un calofrío cuando se piensa en él... ¡Figúrese usted! ¡Un hombre que habita en un palacio debajo de tierra!

Y el joven se rió con sarcasmo.

—¿Quiere usted que vuelva á él?... le interrumpió brutalemente Cristina. Cuidado, Raúl, ya se lo he dicho, no volvería más.

Hubo unos instantes de un silencio espantoso entre los tres... los dos que hablaban, y el que escuchaba detrás.

—Antes de responder, dijo Raúl lentamente, desearía saber qué sentimiento le inspira á usted, puesto que no le odia...

—¡Me inspira horror! dijo Cristina. Y pronunció estas palabras con tal fuerza, que cubrieron á los suspiros de la noche.

—Eso es lo terrible, siguió diciendo con fiebre creciente... le tengo horror y no le detesto. ¿Cómo odiarle, Raúl? Erik á mis pies, en la morada del lago, se acusa, se maldice é implora mi perdón...

—Confiesa su impostura. Me ama. Pone á mis pies un inmenso amor trágico... Me ha robado por amor... Me ha encerrado con él debajo de tierra por amor... pero me respeta, se arrastra, gime, llora... Cuando me levanto, Raúl, cuando le digo que no puedo menos de despreciarle si no me devuelve inmediatamente la libertad de que me ha privado, cosa increíble, me la ofrece... no tengo más que marcharme... Está pronto á mostrarme el misterioso camino... pero yo me veo forzada á recordar que no es fantasma, ni ángel, ni genio, sino que es la Voz, porque canta...

—¡Y le escucho... y me quedo!...

—Aquella noche no cambiamos ya ni una palabra. Cogió un arpa y empezó á cantar, él, voz de hombre ó de ángel, la romanza de Desdémona. El recuerdo que tenía de haberla cantado yo misma me daba vergüenza. La música, amigo mío, tiene la virtud de hacer que no exista nada en el mundo exte-

rior fuera de esos sonidos que van á herirnos el corazón. Mi extravagante aventura quedó olvidada. Solamente revivía la Voz, y la seguí embriagada en su viaje armonioso; formaba yo parte del baño de Orfeo. La Voz me paseó por el dolor, por el goce, por el martirio, por la desesperación, por la alegría, por la muerte, por los triunfantes himeneos... Yo escuchaba... Ella cantaba... Hízome oír una música nueva que me causó una extraña impresión de dulzura, de languidez, de reposo... una música que, después de haber levantado mi alma, la apaciguó poco á poco y la condujo hasta el umbral del ensueño. Y me quedé dormida.

Cuando desperté, estaba sola en un sofá, encerrada en un cuartito muy sencillo, provisto de un estrecho lecho de cobre, de paredes tapizadas de tela de Jouy é iluminado por una lámpara puesta en el mármol de una antigua cómoda "Luis Felipe." ¿Qué nueva decoración era aquella?... Me pasé la mano por la frente como para ahuyentar un mal sueño... ¡Ay! no estuve mucho tiempo sin ver que no había soñado. Estaba prisionera, y no pude descubrir en mi cárcel más que dos puertas, una de las cuales estaba herméticamente cerrada, mientras la otra daba acceso á una sala de baños de las más cómodas; agua caliente y agua fría á voluntad. Al volver á mi cuarto, vi en la cómoda una carta con tinta roja que me informó en seguida sobre mi triste situación, y que, si hubiera sido necesario, hubiera alejado todas mis dudas sobre la realidad de los sucesos:

"Mi querida Cristina—decía el papel—esté usted enteramente tranquila por su suerte. No tiene usted en el mundo mejor ni más respetuoso amigo que yo. Está usted sola en este momento en esta morada que la pertenece. Salgo para correr los almacenes y traer á usted toda la ropa interior que pueda necesitar."

—Decididamente, exclamé, he caído en manos de un loco... ¿Qué va á ser de mí? ¿Cuánto tiempo piensa ese miserable tenerme encerrada en su prisión subterránea?

\*\*\*

Corrí como una insensata por mi pequeño departamento, buscando una salida que no encontraba. Acusábame amargamente de mi estúpida superstición, y me causaba un placer horroroso el burlarme de la perfecta inocencia con que había acogido, á través de las paredes, la Voz del genio de la Música... Cuando se en tan tonta, hay que esperar las más inauditas catástrofes, pues se han merecido todas. Me daban ganas de pegarme y me puse á reír y á llorar por mí al mismo tiempo. En este estado me encontré Erik.

Después de dar tres golpecitos secos en la pared, entré tranquilamente por una puerta que yo no había podido descubrir y que se dejó abierta. Venía cargado de cajas y de paquetes, que dejó sin prisa sobre la cama, mientras yo le llenaba de ultrajes y le exigía que se quitase la máscara, si tenía la pretensión de disimular con ella una cara de hombre honrado.

Aquel hombre me respondió con gran tranquilidad:

—No verá usted jamás la cara de Erik.

Me reprochó el no haber hecho aún mi atavío á aquella hora del día, y se dignó informarme de que eran las dos de la tarde. Me dió media hora para arreglarme y, diciendo esto, se cuidó de dar cuerda á mi reloj y de ponerle en hora. Después de lo cual, me invitó á pasar al comedor, donde, según me anunció, nos esperaba un excelente almuerzo. Tenía yo hambre, y le di con la puerta en las narices para entrar en el cuarto tocador. Tomé un baño, después de haber colocado junto á mí un par de tijeras, con las que estaba decidida á matarme si Erik, después de haber obrado como un loco, cesaba de conducirse como un hombre honrado. La frescura del agua me hizo mucho bien, y cuando me presenté delante de Erik, había yo tomado la sabia resolución de no chocar con él ni contrariarle en nada y hasta de adularle si era preciso, á fin de obtener una pronta libertad. Fué él el primero que me habló de sus proyectos sobre mí y me los precisó para tranquilizarme, según dijo. Era para él demasiado agradable mi compañía para privarse de ella en seguida. Debía yo comprender ahora que no debía espantarme el verle á mi lado. Me amaba, pero no me lo diría más que cuando yo se lo permitiera, y el resto del tiempo se pasaría haciendo música.

—¿Qué entiende usted por el resto del tiempo?—le pregunté.

Erik me respondió con firmeza:

—Cinco días.

—¿Y después seré libre?

—Será usted libre, Cristina, porque esos cinco días le habrán

enseñado á no temerme, y entonces vendrá usted á ver de vez en cuando al pobre Erik....

El tono con que pronunció estas palabras, me conmovió profundamente. Me pareció ver en él tan verdadera y lamentable desesperación, que dirigí al máscara una cara enternecida. No podía ver los ojos á través de la careta, lo que no era para disminuir el misterioso malestar que sentía al interrogar á aquel enigmático pedazo de seda negra; pero bajo la tela, en el extremo de la barba de la careta, aparecieron una, dos, tres, cuatro lágrimas.

Me designó silenciosamente un sitio enfrente de él, en un velador que ocupaba el centro de la pieza en que el día anterior había tocado el arpa, y me senté muy turbada. Comí, sin embargo, con buen apetito, unos cuantos cangrejos y una ala de pollo, con un poco de vino de Tokay que había traído él mismo, según me dijo, de las bodegas de Koenisberg, frecuentadas en otro tiempo por Falstaff. El no comía ni bebía. Le pregunté cuál era su nacionalidad, y si el nombre de Erik indicaba un origen escandinavo, y me respondió que no tenía nombre ni patria y que había tomado el nombre de Erik para acercarse á mí, que era sueca. Le pregunté por qué, puesto que me amaba, no había encontrado otro medio de hacérmelo saber más que arrastrarme con él y encerrarme en la tierra.

—Es muy difícil, dije, hacerse amar en una tumba.

—Cada cual, me respondió en un tono singular, tiene sus citas donde puede.

Después se levantó y me ofreció los dedos, pues quería, según decía, hacerme los honores de su departamento; pero yo retiré vivamente la mano dando un grito. Lo que había tocado era á la vez húmedo y huesudo, y recordé que sus manos olían á muerto.

—¡Oh! perdón, gimió.

Abrió delante de mí una puerta.

—Este es mi cuarto, dijo, y es bastante curioso el visitarlo. Si quiere verle....

No vacilé. Sus maneras, sus palabras, todo en él me decía que tuviese confianza.... Y, además, comprendía yo que era preciso no tener miedo.

Entré, y me pareció que penetraba en una cámara mortuoria. Las paredes estaban tapizadas de negro, pero en vez de las lágrimas blancas que completan ordinariamente este fúnebre adorno, se veían las notas repetidas del "Dies irae." En medio del cuarto había un dosel del que pendían cortinas de brocado rojo, y bajo el dosel, un ataúd abierto.

Al ver aquello retrocedí.

—Ahí es donde yo duermo, dijo Erik. Hay que acostumbrarse á todo en la vida, hasta á la eternidad.

Volví la cabeza, tan siniestra era la impresión que había recibido de aquel espectáculo. Mis ojos encontraron entonces el teclado de un órgano que ocupaba todo un lado de la pared. En el atril había un cuaderno lleno de notas rojas. Pedí permiso para mirarlo, y leí en la primera página: "Don Juan triunfante."

—Sí, me dijo, compongo algunas

veces. Hace veinte años que he comenzado este trabajo. Cuando le acabe, le llevaré conmigo á ese ataúd, y no me despertaré más.

—Debe usted trabajar en él lo menos frecuentemente posible, dije.

Trabajo á veces quince días y quince noches seguidas, durante las cuales no vivo más que de música, y después descanso durante años.

—¿Quiere usted tocarme algo de su "Don Juan triunfante?" pregunté creyendo complacerle y dominando la repugnancia que me inspiraba aquella cámara de muerte.

\*\*\*

No me pida usted jamás eso, respondió con voz sombría. Este "Don Juan" no ha sido escrito para la letra de un Lorenzo de Aponte, inspirado por el vino, los amorcillos y el vicio, y finalmente castigado por Dios. Le tocaré á usted Mozart, si quiere, que hará correr sus bellas lágrimas y le inspirará honradas reflexiones. Pero mi "Don Juan" arde. Cristina, y, sin embargo, no es aniquilado por el fuego del cielo....

Dicho esto, volvimos al salón que acabábamos de dejar. Noté que en parte alguna de aquel departamento había espejos, é iba á decirlo, pero Erik se sentó al piano y exclamó:

—Sepa usted, Cristina, que hay una música tan terrible que consume á todos los que se le aproximan. Usted no ha llegado aún á esa música, felizmente, pues perdería usted sus frescos colores y no se la conocería á su vuelta á París. Cantemos ópera, Cristina. Daé.

Me dijo "cantemos ópera. Cris-

tina Daé", como si aquello fuese una injuria.

Pero no tuve tiempo para profundizar el sentido de sus palabras. Empezamos en seguida el dúo de Othello y ya la catástrofe estaba sobre nuestras cabezas. Esta vez me había dejado el papel de Desdémona, que yo canté con una desesperación y un espanto reales á que nunca había llegado hasta aquel día. La proximidad de tal compañero, en lugar de anularme, me inspiraba un terror magnífico. Los sucesos de que era víctima me acercaban singularmente al pensamiento del poeta y encontré acentos que hubieran deslumbrado al músico. En cuanto á él, su voz era potente y su alma vengativa se manifestaba en cada sonido y aumentaba terriblemente su alcance. El amor, los celos, el odio, estallaban á nuestro alrededor en gritos desgarradores.

La máscara negra de Erik me hacía pensar en la cara natural del Moro de Venecia. Era el mismo Othello; creí que me iba á herir y que iba á caer á sus golpes, y, sin embargo, yo no hacía ningún movimiento para huir, para evitar su furor, como la tímida Desdémona. Por el contrario, me acercaba á él, fascinada, atraída, encontrando encantos á la muerte en el centro de tal pasión; pero, antes de morir, quise conocer, para llevarme la imagen sublime de mi última mirada, sus facciones desconocidas que debía transfigurar el fuego del arte eterno. Quise ver la cara de la Voz é instintivamente, con un ademán del que no fui dueña, pues no me dominaba, mis dedos, rápidos, arrancaron la careta....

¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!

Cristina se calló ante esta visión que parecía separar aún con sus dos manos temblorosas, mientras los ecos de la noche, como habían repetido el nombre de Erik, repetían tres veces la exclamación: ¡Horror!.... ¡Horror!.... ¡Horror!.... Raúl y Cristina, más estrechamente unidos aún por el terror del relato, levantaron los ojos hacia las estrellas que brillaban en un cielo apacible y puro.

Raúl dijo:

—Es extraño, Cristina, qué Helena está de gemidos esta noche tan dulce y tan tranquila ¡Diríase que se lamenta con nosotros!

Cristina respondió:

—Ahora que va usted á conocer el secreto, sus oídos, como los míos, van á estar llenos de lamentos.

La joven aprisionó en las suyas las manos protectoras de Raúl, y, sacudida por un largo estremecimiento, continuó:

—¡Oh! sí, aunque viviera cien años, oíría siempre el clamor sobrehumano que lanzó, el grito de su dolor y de su rabia infernales, mientras aquella cosa aparecía á mis ojos inmensos de horror, así como mi boca que no se cerraba y no gritaba ya sin embargo.....

¡Oh! Raúl, aquella cosa..... ¿Cómo no verla, si mis oídos están llenos para siempre de sus gritos y mis ojos influidos para siempre por su aspecto?..... ¡Qué imagen!..... ¿Cómo no verla y cómo hacérsela á usted ver?... Raúl, usted ha visto las calaveras cuando han sido desecadas por los siglos, y, acaso, si no fué usted víctima entonces de una horrible pe-

sadilla, vió usted su calavera en la noche de Ferrós. También ha visto usted pasearse, en el último baile de máscaras, la Muerte Roja. Pero todas estas calaveras estaban inmóviles y su mudo horror no vivía. Pero imagine usted, si puede, la máscara de la muerte poniéndose á vivir de repente para expresar, con los cuatro agujeros negros de sus ojos, de su nariz y de su boca, la cólera ex el último grado, el furor soberano de un demonio, y sin mirada en los agujeros de los ojos," pues, como después he observado, no se ven jamás sus ojos de brasa más que en la noche profunda... Pegada á la pared, la boca crispada y el cabello erizado en la cabeza, debía yo de ser la imagen misma del Espanto como él era la de la Fealdad.

Acercóse entonces á mí el rechinar horrible de sus dientes sin labios, y mientras yo caía de rodillas, me silbó lleno de odio, cosas insensatas, palabras sin hilación, maldiciones, delirios... ¿Qué sé yo? ¿Qué sé yo?....

—¡Mira! exclamaba inclinado hacia mí. ¡Has querido ver! ¡Mira!... ¡Alimenta tus ojos, hasta tu alma, de mi fealdad maldita! ¡Mira la cara de Erik! ¡Ahora ya conoces la cara de la Voz! ¿No te bastaba oírme? Has querido saber cómo estaba hecho, ¡Sois tan curiosas, vosotras, las mujeres!

Y se echaba á reír repitiendo: "¡Sois tan curiosas, vosotras, las mujeres!" con una risa terrible, ronca, espumosa formidable..... Y decía, además, cosas como ésta:

—¿Estás satisfecha? ¿Soy heremoco, eh?.... Cuando una mujer

me ha visto como tú, es mía y me ama para siempre. ¡Yo soy un tipo del género de Don Juan!....

Y estirándose con toda su estatura, el puño en la cadera y moviendo sobre los hombros la asquerosa cabeza, decía orgulloso:

—¡Mírame! ¡Soy "Don Juan triunfante!"

Y al ver que yo volvía la cabeza pidiendo gracia, me la llevó hacia él brutalmente, por los cabellos, en los que se habían entrelazado sus dedos de muerto.

—¡Basta! ¡Basta! interrumpió Raúl. ¡Le mataré! ¡En nombre del cielo, Cristina! ¡Dime dónde se encuentra "el comedor del lago!" ¡Necesito matarle!

—¡Oh! Raúl mío, si quieres saber, cállate.

—Sí, quiero saber cómo y por qué volvías allí.... Ese es el secreto.... ¡Cristina, cuidado! ¡No hay otro! ¡Pero, de todos modos, le mataré!....

—¡Escucha, Raúl! ¡Escucha! Me arrastró por los cabellos y me acercó la cabeza á la cosa que tenía en los hombros.... Y entonces... entonces... ¡Oh! esto es más horrible todavía....

—Pues bien, habla, exclamó Raúl huraño, habla pronto

—Entonces me dijo con acento de silbido: "¡Cómo! te doy miedo.... ¡No es posible!.... ¿Crees acaso que tengo aún una careta, eh?... ¿Y qué esto.... esto.... mi cara es una máscara?... ¡Pues bien, aulló, arráncala como la otra! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Lo que quiero!.... ¡Tus manos! ¡Dame tus manos!.... ¡Si no te bastan, yo te prestaré las mías.... Y seré acaesdos para arrancar la careta....



Me arrojé á sus piés, pero él me cogió las manos, Rail, y las hundió en el horror de su cara. . . . . Con mis uñas se arañó sus carnes, las horribles carnes muertas. . . .

—Sabe, exclamaba en el fondo de la garganta que soplabo como una fragua, sabe que me he hecho enteramente con la muerte, de piés á cabeza. . . . Que es un cadáver el que te ama, que te adoro, y que no te dejaré jamás. . . . Voy á hacer agrandar el ataúd, Cristina, para más tarde, cuando estemos al fin de nuestros amores. . . . ¿Ves? . . . Ya no río sino que lloro, lloro por tí, Cristina, que me has arrancado la careta y que, á causa de eso, no podrás jamás separarte de mí. . . . Mientras podías crearme bello, Cristina, podías volver. . . . y sé que hubieras vuelto. . . . pero ahora, que conoces mi fealdad, huirás para siempre. . . . ¡Te guardo! . . . . ¿Por qué has querido verme? . . . . ¡Insensata! . . . . ¡Loca Cristina, que has querido verme! . . . . ¡Cuando mi padre no me ha visto nunca, y cuando mi madre, por no verme más, me regaló llorando mi primera careta!

Hablame por fin soltado y se arrastraba ahora por el suelo con hipos atroces. . . . Después, como un reptil, se arrastró fuera de la pieza, penetró en su cuarto, cuya puerta cerró, y me quedé sola, entregada á mi horror y á mis reflexiones, pero libre de la visión de la horrible Cosa. Un prodigioso silencio, el silencio de la tumba, había sucedido á aquella tempestad, y pude reflexionar en las consecuencias terribles del ademán que había arrancado la careta. Las últimas palabras del monstruo me

habían informado suficientemente. Me había aprisionado yo misma para siempre, y mi curiosidad iba á ser causa de todas mis desdichas. Ya me había dicho y repetido que mientras no tocara á la careta, no corría peligro alguno. Maldije mi imprudencia, pero eché de ver estremeciéndome que el razonamiento del monstruo era lógico. Si, hubiera vuelto si no le hubiera visto la cara. . . . Me había ya interesado y conmovido bastante, y me había compadecido de sus lágrimas enmascaradas, para no ser insensible á sus ruegos. No soy una ingrata, y su impostura no podía hacerme olvidar que era la Voz, y que me había realizado con su genio. ¡Hubiera vuelto! Y ahora, salida de sus catacumbas, no volveré. ¡Nadie vuelve á encararse en una tumba con un cadáver que la ama!

Por ciertas maneras exageradas que, durante la escena, había tenido de mirarme, ó más bien de acercarse á mí los dos agujeros negros de su mirada invisible, había yo podido medir su pasión salvaje. Para no haberme cogido en sus brazos, cuando no podía ofrecerle ninguna resistencia, había sido preciso que aquel monstruo fuese también un ángel, y acaso era un poco el de la Música, y lo hubiera sido por completo si Dios le hubiera vestido de belleza en vez de vestirle de podredumbre. De todos modos, resultaba para mí de lo ocurrido, la certeza de que Erik me amaba bastante, ferozmente, aun después de haberle quitado la careta, para que yo permaneciese para siempre su cautiva. Y ya, extraviada al pensar en la suerte que me estaba reservada y presa del terror de ver abrirse la

puerta del cuarto del ataúd y de contemplar de nuevo la cara del monstruo sin careta, me había metido en mi departamento y apoderádome de las tijeras que podían poner un término á mi espantoso destino, cuando se dejaron oír los sonidos del órgano. . . .

Entonces, amigo mío, empecé á comprender las palabras de Erik sobre lo que él llamaba, con un desprecio que me había dejado estupefacta, la música de ópera. Lo que estaba oyendo no tenía nada que ver con lo que me había en cantado hasta aquel día. Su "Don Juan triunfante," pues no cabía duda de que había recorrido á su obra maestra para olvidar el horror del minuto presente, su "Don Juan triunfante" no me pareció al principio más que un largo, horrible y magnífico sollozo en el que el pobre Erik había puesto toda su miseria maldita.

Veía yo en el pensamiento el cuaderno de notas rojas é imaginaba fácilmente que aquella música había sido escrita con sangre. Pesábame la tal música por todo el detalle del martirio, me hacía entrar en todos los rincones del abismo habitado por "el hombre feo". Me mostraba á Erik golpeando atrozmente su pobre y asquerosa cabeza con las paredes fúnebres de aquel infierno, y huyendo, por no espantarlos, de las miradas de los hombres. Asistí aniquilada, palpitante, lastimosa y vencida, á la explosión de los acordes gigantes en que estaba divinizado el Dolor, y, después, los sonidos que subían del abismo se agruparon de repente en un vuelo prodigioso y amenazador, su tropa giratoria parecía

escalar el cielo como el águila sube al sol, y pareció encender el mundo tal sinfonía triunfal que comprendí que la obra estaba al fin realizada y que la Fealdad, levantada en las alas del Amor, se había atrevido á mirar de frente á la Belleza. Estaba yo como embriagada. La puerta que me separaba de Erik cedió á mis esfuerzos. Erik se levantó al oírme, "pero no se atrevió á volverse."

—Erik, exclamé, muéstreme usted su cara sin terror. Le juro á usted que es el más doloroso y el más sublime de los hombres, y si Cristina Daé se estremece en adelante al mirarle, será que piense en el esplendor de su genio.

Erik, entonces, se volvió, porque me creía, y yo también, ¡ay! tenía fé en mí. . . . Levantó hacia el Destino sus manos descarnadas y cayó á mis piés con palabras de amor. . . .

Púsose á abrazar el bajo de mi falda, y no vió que yo cerraba los ojos.

¿Qué he de decir á usted ya, amigo mío? . . . . Ahora conoce usted el drama. . . . . Se renovó durante quince días. . . . quince días durante los cuales le mentí. . . . Mi mentira fué tan horrible como el monstruo que me la inspiraba, y, á ese precio, pude conquistar mi libertad. Tan bien lo hice, que aun cuando no cantaba ya, se atrevía á mendigar una de mis miradas como un perro tímido que gira en torno de su dueño. Era así á mi alrededor como un esclavo fiel y me rodeaba de mil cuidados. Poco á poco le inspiré tal confianza, que se arriesgó á pasearme por las orillas del Lago Averno y conducirme

en barca por sus aguas de plomo. En los últimos días de mi cautividad, me hacía pasar de noche la reja que cierra los subterráneos de la calle Scribe. Allí nos esperaba un carruaje que nos llevaba á un galope tendido hacia las soledades del Bosque.

No pensaba yo en escaparme por la fuerza. En primer lugar, sabía que si no huía de París, y aun de Francia, y hasta de Europa y del mundo, Raúl, aquel hombre me encontraría; pero sabía que estaba en mi poder y que la hora de mi libertad estaba próxima. La noche en que encontramos á usted en el Bosque, estubo á punto de ser trágica, pues tiene unos celos terribles de usted que no he podido combatir más que afirmándole su próxima partida. . . . En fin, después de quince días de aquella abominable cautividad, en que fui alternativamente abrasada de piedad, de entusiasmo, de desesperación y de horror, me creyé cuando le dije: "volveré." . . .

—¡Y volvió usted, Cristina! . . . gimió Raúl con voz sombría.

—Es verdad, Raúl, y debo decir qué no fueron las espantosas amenazas que profirió al ponerme en libertad las que me ayudaron á cumplir mi palabra, sino el sollozo desgarrador que lanzó en el umbral de su tumba. . . .

—Sí, aquel sollozo, repitió Cristina moviendo dolorosamente la cabeza, me encadenó al desgraciado más de lo que suponía yo misma en el momento de la despedida. ¡Pobre Erik! ¡Pobre Erik!

—Cristina, dijo Raúl levantándose, dice usted que me ama, y apenas habían pasado unas horas

después de ser puesta en libertad, volvía usted al lado de Erik. . . . ¡Recuerde usted el baile de máscaras!

—¡Estaban así convenidas las cosas. . . . Recuerde, Raúl, que esas horas las pasé con usted. . . . con gran peligro de los dos. . . .

—Durante aquellas horas dudé que usted me amase.

—¿Lo duda usted aún, Raúl? . . . Sepa usted entonces que cada uno de mis viajes al lado de Erik ha aumentado mi horror hacia él, pues cada uno de esos viajes, en lugar de apaciguarle, como yo esperaba, le ha vuelto loco de amor. . . . ¡Y tengo miedo! . . . ¡Tengo miedo!

—Tiene usted miedo. . . . ¿Pero me ama usted? . . . ¿Me amaría usted, Cristina, si Erik fuese hermoso? . . .

—¡Desgraciado! . . . ¿Para qué tentar al destino? . . . ¿Para qué preguntarme cosas que yo oculto en el fondo de mi conciencia como se oculta el pecado?

Se levantó á su vez, rodeó con sus brazos temblorosos la cabeza del joven, y le dijo:

—¡Oh, mi prometido de un día! Si no le amase á usted, no le daría mis labios. Por primera y última vez, aquí están.

El joven los tomó; pero en la noche que los rodeaba hubo tal desgarramiento, que huyeron como á la vista de una tempestad, y sus ojos, en los que vivía el espanto de Erik, les enseñaron, antes de desaparecer en la selva de los techos, arriba, encima de ellos, una inmensa ave nocturna que los miraba con sus ojos de brasa y que parecía agarrada á la lira de Apolo. . . .

## XVI

UN GOLPE MAESTRO DEL  
AFICIONADO A  
ESCOTILLONES.

Raúl y Cristina corrieron, corrieron. . . . Ahora huían del techo en que estaban los ojos de brasa que no se ven más que en la noche profunda; y no se detuvieron hasta el octavo piso, bajando hacia la tierra. Aquella noche no había función, y los bastidores de la Opera estaban desiertos.

—Lo que me obliga usted á hacer es cobarde, Cristina, dijo Raúl, que estaba muy emocionado. Me hace usted huir, y es la primera vez en mi vida.

—¡Bah! respondió Cristina, que empezaba á calmarse, creo que no hemos huído más que de la sombra de nuestra imaginación.

—Era Erik; tenía los ojos de brasa de que usted me ha hablado. He debido clavarle en la lira de Apolo como se clavan las lechuzas en las paredes de nuestras granjas bretonas, y no se hubiera hablado más de eso.

—No, mi buen Raúl, hubiera usted tenido que subir ante todo á la lira de Apolo, y no es una ascensión fácil.

—Los ojos de brasa estaban en ella.

—¡Vaya! ya está usted, como yo, dispuesto á verle en todas partes; pero después se reflexiona y se piensa: lo que he tomado por los ojos de brasa no eran acaso más que los clavos de oro de dos estrellas que miraban la ciudad á través de las cuerdas de la lira.

Y Cristina bajó aún un piso. Raúl la siguió y dijo:

—Puesto que está usted enteramente decidida á marcharse, Cristina, aseguro una vez más que sería mejor huir en seguida. ¿Por qué esperar á mañana? ¡Acaso nos ha oído esta noche!

—¡No, no! Le repito á usted que está trabajando en su "Don Juan triunfante," y no se ocupa de nosotros.

—Está usted tan poco segura, que no cesa de mirar hacia atrás.

—Vamos á mi cuarto.

—Citémonos más bien fuera de la Opera.

—¡Jamás hasta el minuto de nuestra fuga! . . . Nos traería la desgracia el no cumplir mi palabra. Le he prometido no ver á usted más que aquí.

—Y todavía es dichoso para mí que le haya á usted permitido eso. ¿Sabe usted, dijo amargamente Raúl, que ha estado usted muy audaz permitiéndonos el juego del noviazgo?

—Pero, querido, él está al corriente. Me dijo: "Tengo confianza en usted, Cristina; Raúl de Chagny está enamorado de usted y debe marcharse. ¡Que antes de irse, sea tan desgraciado como yo! . . .

—¿Y qué significa eso?

—Soy yo quien debiera preguntárselo á usted, amigo mío. ¿Tan desgraciado se es cuando se ama?

—Sí, Cristina, cuando se ama y no se está seguro de ser amado.

—¿Dice usted eso por Erik?

—Por Erik y por mí, respondió el joven moviendo la cabeza con expresión pensativa y desolada.

En esto llegaron al cuarto de Cristina.

—¿Cómo se cree usted más segura en este cuarto que en el teatro? preguntó Raúl. Puesto que le oía usted á través de las paredes, también él puede oírlos.

—¡No! Me ha dado su palabra de no estar más detrás de las paredes de mi cuarto, y yo creo en la palabra de Erik. Mi cuarto y mi cámara en el "departamento del Lago," son mías exclusivamente y sagradas para él.

\*\*\*

—¿Cómo pudo usted dejar este cuarto para ser transportada al pasillo oscuro, Cristina?.... ¿Quiere usted que tratemos de repetir sus movimientos?

—Es peligroso, amigo mío, porque el espejo podría arrebatarme otra vez, y en vez de huir estaría obligada á ir hasta el fin del pasaje secreto que conduce á las orillas del lago, y llamar allí á Erik.

—¿Y la oíría á usted?

—Erik me oíría donde quiera que le llame... Así me lo ha dicho. Es un curioso genio. No hay que creer, Raúl, que es simplemente un hombre que se divierte en habitar debajo de tierra. Hace cosas que ningún hombre podría hacer y sabe cosas que ignora el mundo viviente.

—¡Cuidado, Cristina! Va usted á pintar de nuevo un fantasma.

—No, no es un fantasma; es un hombre del cielo y de la tierra; nada más....

—¡Nada más!... ¡Cómo habla usted!... ¿Y está usted decidida á huir de él?

—Sí, mañana.

—¿Quiere usted que le diga por qué querría yo huir esta noche.

—Diga usted, amigo mío.

—Porque mañana no estará us-

ted decidida á nada absolutamente.

—Entonces, Raúl, me llevará usted á pesar mío. ¿No está decidido?

—Aquí, pues, mañana por la noche, á las doce y media! dijo el joven con acento sombrío. Suceda lo que quiera, cumpliré mi promesa. ¿Dice usted que después de haber oído la función, debe esperarla en el "comedor del lago?"

—Allí es, en efecto, donde me ha dado cita.

—¿Y como debe usted ir hasta él, Cristina, si no sabe salir por el espejo?

—Yéndome directamente á la orilla del lago.

—¿A través de todos los fosos?... Por los pasillos por que pasan los maquinistas y los dependientes?... ¿Cómo conservará usted el secreto de semejante paso? Todo el mundo seguirá á Cristina Daé, y llegará usted con una multitud á la orilla del lago.

Cristina sacó de un cofrecillo una enorme llave y se la enseñó á Raúl.

—¿Qué es esto? preguntó el joven.

—La llave de la reja del subterráneo de la calle de Scribe.

—Comprendo, Cristina; ese subterráneo conduce directamente al lago. Déme usted esa llave, ¿quiere usted?

—¡Jamás! respondió Cristina con energía. Se la enviaré á Erik depositándola en el palco del fantasma. Es preciso que Erik pueda volver tranquilamente á su casa por las noches.

De repente, Raúl vió que Cristina cambiaba de color y que se

repartía por sus facciones una palidez mortal.

—¡Oh, Dios mío!... exclamo, ¡Erik! ¡Erik! ¡tenga usted piedad de mí!

—¡Cállese usted! ordenó el joven. ¿No me ha dicho usted que no pedía oírlos?

Pero la actitud de la cantante se hacia más y más inexplicable. La joven se cruzaba los dedos unos con otros y repetía con expresión extraviada:

—¡Oh, Dios mío!... ¡Oh, Dios mío!....

—¿Pero qué hay? ¿Qué hay? preguntó Raúl.

—El anillo.

—¿Qué pasa con el anillo? Se lo ruego, Cristina, sosiéguese usted.

—El anillo de oro que él me había dado....

—¡Ah!... era Erik quien le había dado á usted el anillo....

—Bien lo sabía usted, Raúl. Pero lo que no sabe, es que me dijo al darme: devuelvo á usted su libertad, Cristina, pero con la condición de que este anillo permanecerá siempre en su dedo. Mientras usted le conserve, estará preservada de todo peligro, y Erik será su amigo. Pero si alguna vez se separa usted de él, desgraciada de usted, Cristina, porque Erik se vengará... ¡Amigo mío!... ¡Amigo mío!... ¡El anillo no está ya en mi dedo!... ¡Desgraciados de nosotros!...

En vano le buscaron á su alrededor; no le encontraron. Y la joven no se calmaba.

—Ha sido mientras le concedí á usted aquel beso, allá arriba, debajo de la lira de Apolo, intentó explicar temblando. El anillo se

habrá escurrido de mi dedo y habrá caído en la ciudad... ¿Cómo encontrarlo ahora? ¿Y de qué desgracia, Raúl, estamos amenazados?... ¡Ah! ¡Huir, huir!

—Huir en seguida, insistió una vez más Raúl.

Cristina titubeó, y el joven creyó que iba á decir sí... Pero sus claras pupilas se nublaron y dijo: ¡No, mañana!...

Y se separó de él inmediatamente, en un completo desahogo, continuando el ademán instintivo de cruzar los dedos, con la esperanza sin duda de que así iba á reaparecer el anillo.

Raúl volvió á su casa muy preocupado con todo lo que había oído.

—Si no la salvo de las manos de ese charlatán, dijo en voz alta en su cuarto al acostarse, está perdida... ¡Pero la salvaré!...

Apagó la lámpara, y sintió en las tinieblas la necesidad de injuriar á Erik. Por tres veces y en alta voz, gritó: ¡Charlatán!... ¡Charlatán!...

Pero, de repente, se incorporó apoyado en un codo y corrió por sus sienes un sudor frío. Dos ojos, dos ojos ardientes como brasas, acababan de encenderse al pie de su cama, y le miraban fija y terriblemente en la negra noche.

Raúl era valiente y, sin embargo, estaba temblando.

Avanzó la mano, vacilante é incierta, hacia la mesa de noche, encontró los fósforos y encendió luz. Los ojos desaparecieron.

Raúl pensó, nada tranquilo:

—Me ha dicho Cristina que "sus" ojos no se ven más que en la obscuridad. Los ojos han desaparecido con la luz, pero "él" está acaso ahí todavía.

Se levantó, buscó, dió prudentemente la vuelta al cuarto y miró debajo de la cama, como un niño. Entonces se encontró ridículo y dijo en voz alta:

—¿Qué creer, qué no creer con semejante cuento de duendes? ¿Dónde acaba lo real y comienza lo fantástico? ¿Qué ha visto Cristina? ¿Qué ha creído ver?

Y añadió trémulo:

—Y yo mismo, ¿qué he visto? ¿He visto los ojos de brasa hace un momento? ¿No han brillado en mí imaginación? Héte aquí que no estoy seguro de nada y que no prestaría juramento sobre esos ojos.

Volvióse á aceptar y de nuevo se quedó á oscuras.

Los ojos reaparecieron.

—¡Oh! suspiró Raúl.

Y, sentado en la cama, miraba á su vez los ojos todo lo valientemente que podía. Después de un rato de silencio, que él ocupó en reunir todo su valor, exclamó de repente:

—¿Eres tú, Erik? Hombre, demonio ó fantasma, ¿eres tú?

Y reflexionó:

—¡Si es él, está en el balcón!

Corrió entonces en camisa á un mueblecillo en el que cogió á tientas un revólver... Armado, abrió el balcón. La noche estaba extremadamente fresca. Raúl no hizo más que echar una ojeada al balcón desierto, se entró y cerró las vidrieras. Después se acostó tirando, con el revólver á su alcance en la mesa de noche.

Apagó de nuevo la bujía.

Los ojos seguían estando allí, en el extremo de la cama. Estaban entre la cama y el balcón ó detrás

de los cristales, es decir, en el balcón.

Esto era lo que Raúl quería saber. Quería saber también si los ojos pertenecían á un ser humano... Quería saberlo todo...

Entonces, paciente y friamente, "sin alterar la noche" que le rodeaba, el joven cogió de nuevo el revólver y apuntó.

Apuntó á las dos estrellas de oro que seguían mirándole con tan singular brillo inmóvil.

Apuntó un poco más arriba de las dos estrellas... ¡Ciertamente! si esas estrellas eran ojos, y si encima de esos ojos había una frente, y si Raúl no era muy torpe...

La detonación rodó con terrible estrépito en la paz de la casa dormida... Y, mientras se oían por los pasillos pasos precipitados, Raúl, sentado en la cama, con el brazo extendido, pronto á tirar de nuevo, esperaba...

Esta vez las dos estrellas habían desaparecido.

Luz, gente, el conde Felipe terriblemente ansioso.

—¿Qué hay, Raúl?

—Hay... que creo que he soñado, respondió el joven. He tirado á dos estrellas que no me dejaban dormir...

—¡Tú divagas!... ¿Estás malo?... Te lo ruego, Raúl, ¿qué ha sucedido? Y el conde se apoderó del revólver.

—No, no, no divago... Por lo demás, vamos á saber.

Se levantó, púsose una bata, calzóse las zapatillas, tomó una luz de mano; de un criado, abrió la vidriera y salió al balcón.

El conde había edado de ver que la vidriera había sido agujereada á la altura de un hombre.

Raúl estaba inclinado en el balcón con su bujía.

—¡Oh!... exclamó: sangre... aquí... allí... ¡Mejor! ¡Un fantasma que sangra... ¡es menos peligroso!...

—¡Raúl! ¡Raúl! ¡Raúl!

El conde le movía, como si hubiera querido hacer salir á un soñámbulo de su peligroso sueño.

—Pero, hermano mío, no estoy dormido, protestó Raúl impaciente. Puedes ver esa sangre como todo el mundo. Había creído soñar y tirar á dos estrellas. Eran los ojos de Erik, y aquí tienes su sangre...

Y añadió, inquieto de repente:

—Después de todo, puede que haya hecho mal en tirar, y Cristina es capaz de no perdonármelo... Nada de esto hubiera ocurrido si hubiera tenido yo la precaución de correr las cortinas del balcón al acostarme.

—¡Raúl! ¡Te has vuelto loco de repente! ¡Despiértate!

—¿Otra vez? Mejor harías ayudándome á buscar á Erik... porque, en fin, un fantasma que echa sangre, debe de ser posible encontrarle...

El ayuda de cámara del conde dijo:

—Es verdad, señor, que hay sangre en el balcón.

Un criado trajo una lámpara al resplandor de la cual se pudo examinar todo. La huella de sangre seguía la rampa del balcón, iba hasta un canalón y subía á lo largo de él.

—Amigo mío, dijo el conde Felipe, has tirado á un gato.

—Lo malo, dijo Raúl en un tono sarcástico que sonó dolorosamente

en los oídos del conde, es que la cosa es muy posible. ¡Con Erik no se sabe nunca!... ¿Es Erik? ¿Es el gato? ¿Es el fantasma? ¿Es carne ó es sombra? ¡No, no! con Erik no se sabe jamás...

Desde aquel día, Raúl empezó á decir esas cosas raras que respondían tan íntima y lógicamente á las preocupaciones de su mente, y que eran natural consecuencia de las confianzas extrañas, al m.º no tiempo reales y de apariencia sobrenatural, de Cristina Daé. Y aquellas frases no contribuyeron poco á persuadir á mucha gente de que el cerebro del joven empezaba á desearreglarse. El mismo conde se dejó engañar, y, después, el juez de instrucción, por los informes del comisario de policía, no tuvo mucho trabajo para resolver.

—Raúl, ¿quién es Erik? preguntó el conde oprimiendo la mano del joven.

—Es mi rival, y si no ha muerto, tanto peor.

Con un ademán, hizo salir á los criados.

La puerta de habitación se cerró, dejando dentro á los dos Chagny; pero los criados no se alejaron tan de prisa que el ayuda de cámara del conde no pudiera oír á Raúl pronunciar distintamente y con fuerza:

—Esta noche me llevo á Cristina Daé.

La frase fué repetida después al juez de instrucción Faure, pero no se supo nunca exactamente lo que se dijo entre los dos hermanos en aquella entrevista.

Los criados contaron que no era la primera vez que una querrela les hacía encerrarse.

Oíanse gritos á través de las paredes, y siempre se trataba de una comediante que se llamaba Cristina Daé.

Tomando el desayuno, que le era servido siempre al conde en su despacho, Felipe dió orden de que se dijese á su hermano que tenia que hablarle. Raúl llegó sombrío y mudo. La escena fué muy corta.

EL CONDE.—Lee esto.

Felipe entrega á su hermano un periódico, "La Epoca," y le señala con el dedo el suelto siguiente.

El vizconde lee con los dientes apretados:

"Una gran noticia del barrio aristocrático. Hay promesa de matrimonio entre la señorita Cristina Daé, artista lírica, y el señor vizconde Raúl de Chagny. Si hay que creer las hablillas de bastidores, el conde Felipe ha jurado que, por primera vez, los Chagny no cumplirán su promesa. Como el amor, en la Opera más que en otra parte, es todopoderoso, no se sabe qué medios podrá emplear el conde Felipe para impedir al vizconde, su hermano, que lleve al altar á la Nueva Margarita. Se dice que los dos hermanos se adoran, pero que el conde se engaña enteramente si espera que el amor fraternal cederá ante el amor á secas."

EL CONDE, triste.—Ya ves, Raúl, que nos pones en ridículo... Esa chiquilla te ha vuelto enteramente la cabeza con sus historias de aparecidos.

(El vizconde habia, pues, contado á su hermano el relato de Cristina).

EL VIZCONDE.—¡Adiós, hermano!

EL CONDE.—¿Está decidido? ¿Te vas esta noche? (El vizconde no responde)... ¿con ella?... ¡No harás semejante tontería! (Silencio del vizconde). Yo sabré impedirlo.

EL VIZCONDE.—¡Adiós, hermano! (Se marcha).

Esta escena ha sido contada al juez de instrucción por el conde mismo, que no debía ver á su hermano Raúl más que aquella noche, en la Opera, unos minutos antes de la desaparición de Cristina.

Todo el día, en efecto, estuvo dedicado por Raúl á los preparativos del rapto.

Los caballos, el coche, el cochero, las provisiones, los equipajes, el dinero necesario, el itinerario—no debían tomar el ferrocarril para despistar al fantasma—todo esto le ocupó hasta las nueve de la noche.

Alas nueve, una especie de berlina, cuyas cortinillas estaban corridas en las portezuelas herméticamente cerradas, fué á tomar la fila por el lado de la rotunda. Estaba enganchada á dos vigorosos caballos y guiada por un cochero del que era difícil distinguir las facciones, tan oculta llevaba la cara en los largos pliegues de un tapabocas. Delante de esta berlina se encontraban tres coches. La instrucción estableció después que eran los de la Carlota, vuelta de repente á París, de la Sorrelli, y, á la cabeza, del conde de Chagny. Nadie bajó de la berlina. El cochero permaneció en el pescante. Los otros cocheros siguieron igualmente en los suyos.

Una sombra envuelta en un gran manto negro pasó por la acera entre la rotunda y los coches. La som-

bra pareció contemplar más atentamente la berlina, se acercó á los caballos, después al cochero, y se alejó sin haber pronunciado una palabra. La instrucción creyó más adelante que aquella sombra era la del vizconde de Chagny; yo no lo creo, pues aquella noche, como las otras, el vizconde llevaba un sombrero de copa alta que, por lo demás, fué encontrado. Pienso más bien que aquella sombra era la del fantasma mismo, que estaba al corriente de todo, como vamos á ver en seguida.

La sala estaba brillante, y el noble "faubourg" magníficamente representado. En aquella época, los abonados no cedían, no alquilaban no subarrendaban sus palcos ni los compartían con la banca, el comercio y los extranjeros. Hoy, en el palco del marqués de tal, palco que es así llamado porque el marqués es su propietario con contrato, se atrellana algún tratante en cerdos, que está en su derecho, puesto que paga su palco al marqués. En otro tiempo, esas costumbres eran casi desconocidas. Los palcos de la Opera eran salones en los que se estaba seguro de encontrar á las personas del gran mundo, que, algunas veces, eran aficionados á la música.

Toda aquella buena compañía se conocía sin frecuentarse necesariamente. Pero se ponían todos los nombres en las caras y la fisonomía del conde de Chagny no era ignorada de nadie.

El suelto aparecido por la mañana en "La Epoca" habia debido producir ya su efecto, pues todos los ojos estaban vueltos hacia el palco en que el conde Felipe, de

apariencia indiferente y expresión descuidada, se encontraba enteramente solo. El elemento femenino de aquella brillante asamblea parecia singularmente preocupado por la ausencia del vizconde, que daba ocasión á murmuraciones detrás de los abanicos. Cristina Daé fué acogida bastante friamente. Aquel público especial no le perdonaba el haber mirado tan alto.

La diva se dió cuenta de la mala disposición de una parte del público, y se quedó turbada.

Los habituales, que pretendian estar al corriente de los amores del vizconde, no se privaron de sonreír en ciertos pasajes del papel de Margarita. De este modo, se volvieron ostensiblemente hacia el palco de Felipe de Chagny, cuando Cristina cantó la frase: "Yo quisiera saber quién era aquel hombre, si es algún gran señor y cuál es su nombre."

Con la barbilla apoyada en la mano, el conde no parecia fijarse en esas manifestaciones... Miraba á la escena... ¿Pero la veía?... Parecía lejos de todo...

Cristina perdía cada vez más su aplomo. Temblaba. Iba á una catástrofe... Carolus Fonta se preguntaba si estaria enferma y si podria tenerse en escena hasta el fin del acto, que era el del jardín. El público recordaba la desgracia ocurrida al fin de este acto á la Carlota, y el "quiquiriqui" histórico que habia suspendido momentáneamente su carrera en París.

Justamente, la Carlota se presentó entonces en un palco de enfrente, y su entrada produjo sensación. La pobre Cristina levantó los ojos hacia aquella nueva causa de emo-

ción. Co.oció á su rival y le pareció verla burlarse. Aquella la salvó; lo olvidó todo, y, por una vez, pudo triunfar.

Desde aquel momento cantó con toda su alma, trató de sobrepujar á todo lo que había hecho hasta entonces, y lo consiguió. En el último acto, cuando empieza á invocar á los ángeles y á levantarse de la tierra, arrastró en su vuelo á toda la sala frenética, y pudo creerse que tenía alas. Al oír aquella llamada sobrehumana, un hombre se puso en pie en el anfiteatro, frente á la cantante, como si en el mismo movimiento también él dejase la tierra. . . . Era Raúl.

¡Ángeles puros! ¡Ángeles radian-  
(tes!

¡Ángeles puros! ¡Ángeles radian-  
(tes!

Y Cristina, con los brazos extendidos, envuelta en gloria, suelta la cabellera en los hombros desnudos, lanzaba el clamor divino:  
Llevad mi alma al seno de los cie-  
(los. . . .

En este momento fué cuando se produjo en el teatro una brusca obscuridad. Fué aquello tan rápido, que los espectadores tuvieron apenas tiempo de dar un grito de estupor, pues la luz iluminó de nuevo la escena.

. . . . Pero Cristina Daé no estaba ya en ella. . . . ¿Qué le había sucedido? . . . ¿Qué milagro era aquél? . . . Todo el mundo se miraba sin comprender y la emoción llegó en seguida á su colmo. No era menor el asombro en el escenario que en la sala. Acudióse de los bastidores al sitio en que Cris-

tina estaba cantando y se interrumpió el espectáculo en el mayor desorden.

¿Dónde, pues, dónde se había metido Cristina? ¿Qué sortilegio la había arrebatado á miles de espectadores entusiastas y en los brazos mismos de Carlos Fonta? En verdad, podíase pensar que los ángeles, accediendo á su ruego inflamado, se la habían llevado realmente, en cuerpo y alma, "al seno de los cielos."

Raúl, que seguía en pie en el anfiteatro, había lanzado un grito. El conde Felipe se había levantado en su palco. Todo el mundo miraba la escena, al conde y á Raúl y se preguntaba si aquel curioso acontecimiento estaría relacionado con el suelto aparecido por la mañana en un periódico. Pero Raúl se marchó apresuradamente de su sitio, el conde desapareció de su palco y, mientras se bajaba el telón, los abonados se precipitaron á la entrada del escenario. El público esperaba un anuncio en un estrépido indescriptible. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo y cada cual trataba de explicar cómo habían pasado las cosas. Unos decían: "Se ha caído por un escotillón"; otros: "Ha sido arrebatada á las bambalinas, víctima, acaso, de algún nuevo mecanismo inaugurado por la nueva empresa," y otros: "Es una emboscada, lo prueba bastante la coincidencia de la desaparición y de la obscuridad."

Por fin, se levantó lentamente el telón, y Carlos Fonta se adelantó hasta el atril del director de orquesta y anunció con voz grave y triste:

"Respetable público: acaba de producirse un suceso inaudito y

que nos tiene en una profunda inquietud. Nuestra compañera Cristina Daé ha desaparecido ante nuestros ojos sin que se pueda saber cómo."

## XVII

## SINGULAR ACTITUD DE UN ALFILER IMPERDIBLE.

En el escenario, era aquello una confusión sin nombre. Artistas, tramoyistas, bailarinas, figurantes, coristas y abonados, todo el mundo preguntaba, gritaba y se empujaba.—"¿Qué ha sido de ella?"—"La han robado."—"Ha sido el vizconde de Chagny".—"No, ha sido el conde."—"¡Ah! . . . ahí está la Carlota. . . ¡Ella es la que ha dado el golpe!"—"No, ha sido el fantasma."

Y algunos se reían, sobre todo, desde que un examen atento de las tablas y escotillones había hecho descartar la idea de un accidente.

En aquella multitud ruidosa se notaba un grupo de tres personajes que hablaban en voz baja con gestos desesperados. Eran Gabriel, el maestro de canto, Mercier, el administrador, y el secretario Remy, que se habían retirado al ángulo de un bastidor que comunicaba la escena con el ancho corredor del saloncillo del baile. Allí, detrás de enormes accesorios, estaban lamentando.

—¡He llamado, y no han respondido! ¡No están acaso en el despacho! . . . ¡En todo caso, es imposible saberlo, pues se han llevado las llaves!

Así se expresaba el secretario Re-

my, que indudablemente se refería con estas palabras á los señores directores. Estos habían dado la orden, en el último entreacto, de no molestarles con ningún pretexto. . . . "¡No estaban para nadie!"

—Con todo, exclamó Gabriel, no se roba a un cantante en plena escena todos los días. . . .

—¿Les ha gritado usted eso?—preguntó Mercier.

Vuelvo allá, respondió Remy. Y desapareció corriendo.

En esto llegó el traspunte.

—Y bien, señor Mercier, ¿viene usted? ¿Qué hacen ustedes aquí los dos? Hay necesidad de usted, señor administrador.

—No quiero hacer ni saber nada antes de que llegue el comisario, declaró Mercier. He enviado á buscar á Mifroid. Ya veremos cuando esté aquí!

—Pues yo le digo á usted que hay que bajar en seguida al aparato central de la luz.

—No antes de que llegue el comisario. . . .

—Yo he bajado ya al aparato.

—¿Y qué ha visto usted allí?

—Pues bien, no he visto á nadie. ¿Entiende usted bien? A nadie.

—¿Y qué quiere usted que yo le haga?

—Evidentemente, respondió el traspunte, pasándose con frenesí las manos por la rebelde cabellera. ¡Evidentemente! Pero, acaso, si hubiera alguien en el aparato, ese alguien podría explicarnos cómo se ha quedado de repente á oscuras la escena. Ahora bien, Maclair no está en ninguna parte. . . . ¿Comprende usted?

Maclair era el jefe del alumbrado, que dispensaba á su voluntad